

no se les desvíe para dar beneficio a unos cuantos— es algo que se demuestra con estas otras palabras del autor:

“El progreso económico y cultural de los pueblos de las repúblicas soviéticas de Asia se ha visto acompañado de un aumento de las necesidades culturales de la población.” Esto, como es natural, ha impuesto la creación de los satisfactores correspondientes, estimulando —con ello— las actividades productivas.

(U-V)

Joshua A. Fishman: *The National Consequences of Bilingualism*. A Language Problem of the New Nations. Paper. IV World Sociological Congress. Envian, 1966, pp. 18.

Durante las dos décadas recién pasadas —según dice Fishman, profesor de la Universidad Yeshiva— con el surgimiento de las naciones nuevas, se ha despertado el interés de los sociolingüistas por los problemas de la lengua que se conectan con el desarrollo nacional.

Los problemas sociolingüísticos de las naciones nuevas se plantean en términos de: 1o. elección —entre varias— de una lengua nacional; 2o. promoción de la misma entre quienes hablan las que no fueron elegidas; 3o. cambio en la imagen que se tiene de la lengua, para despertar las lealtades nacionales; 4o. difusión rápida y efectiva de la misma en todos los grupos y, 5o. adopción de principios para guiar “exonormativa y endonormativamente” su desarrollo. Cuando lo último se desatiende, aparece el riesgo que corre el inglés: adoptado por las antiguas colonias británicas para preservar su conexión con occidente, ha llegado a desarrollar normas locales: se “pichiniza” (cf. *pidgin English*), y llega a trabar la comunicación.

Y aunque la adopción del idioma colonial ha sido la regla en el proceso de descolonización, (a). Puerto Rico, Paraguay y los países musulmanes del Norte de Africa dan posición oficial —junto a él— al idioma indígena; (b). Filipinas e India prevén un período transicional para la reducción del idioma colonial y (c). Tanzania y Somalia adoptan sólo sus lenguas indígenas (el suahili y el somalí).

La adopción del idioma de amplia comunicación no determina —además— la política que seguirán los Estados nuevos con los otros idiomas (la diglosia o el monolingüismo destinado a desplazar las lenguas locales). En la duda, los países se preguntan —y le preguntan al sociolingüista— si hay algún medio de saber si el monolingüismo es o no es (social, económica, política, culturalmente) más ventajoso que el bilingüismo o el multilingüismo.

Fishman señala que Banks y Textor, Russett y Alker han buscado una respuesta, mediante una especie de correlación entre heterogeneidad lingüística y niveles socioeconómicos; que, con cierto apresuramiento, se ha conectado la homogeneidad lingüística con todo lo “bueno” o “deseable” mientras que, con igual frecuencia, se considera la heterogeneidad lingüística como *causa* de atraso (siendo así que también puede ser o efecto de ese mismo atraso o, en todo caso, simple correlativa de estancamiento socioeconómico).

La contribución más importante de Fishman, en este sentido, está en afirmar que al relacionar atraso y heterogeneidad lingüística hay necesidad de controlar el factor económico. Él habla de comparar las diferencias entre entidades políticas de diverso nivel económico —por una parte— y las diferencias entre esas entidades según su heterogeneidad lingüística, —por otra. A nosotros se nos ocurre que sería

operante, aquí, el cálculo de una o varias correlaciones parciales; pero, para realizarlas, se necesitaría: 1o. tener una evaluación unívoca de la jerarquía ocupada por las diferentes naciones en términos de progreso (evaluación global), 2o. diseñar un índice de heterogeneidad lingüística que no sólo clasifique como homogénea o heterogénea a una nación según el número de idiomas que en ella se hablen, sino según número de sus hablantes (tomado como factor de ponderación) según el número de publicaciones, transmisiones, etc. que se hagan en cada uno de esos diversos idiomas y, 3o. correlacionar la evaluación (hecha por diversos jueces, debidamente controlada, etc.) con índices representativos de los diversos sectores sociales, parcializando esas correlaciones con respecto al factor económico.

Mientras eso llega a ser factible, pueden recogerse las siguientes observaciones de Fishman: 1a. que "las entidades políticas lingüísticamente homogéneas difieren de las heterogéneas en forma más notable que aquella en que se diferencian las que tienen productos nacionales brutos más altos de las que los tienen más bajos" y, 2a. que "la mayoría de las diferencias entre las entidades políticas lingüísticamente homogéneas y las heterogéneas se atenúan mucho, pero siguen siendo reconocibles, cuando se vigilan las interferencias del factor 'producto nacional bruto per cápita,'".

La última relación entre la lengua y la sociedad hace que Fishman considere: 1o. que una política multilingüe impone una política multicultural; 2o. que el mantenimiento de una lengua nacional y unas lenguas tribales o locales puede lograrse sin daño, si se respetan los límites adecuados de dominio de cada una; que esto último puede ayudar a evitar problemas de choque y de marginalización culturales y, 3o. que "la preservación de las len-

guas y costumbres tribales puede... ayudar a preservar la fábrica o estructura social mientras la sociedad en desarrollo se mueve hacia el industrialismo urbano moderno" (13). Cabe observar que, según otros estudiosos, la preservación del habla local (si no de la lengua tribal) y del folklore resulta ser un factor defensivo de la personalidad que, gracias a ellos, logra ser menos vulnerable a las psicosis y neurosis. (U-V)

Einar Haugen: *Language Conflict and Language Planning: The Case of Modern Norwegian*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1966, XVI, 393 pp., 2 apéndices, bibliografía, 8 ilustraciones, índice, notas, 13 cuadros.

El conflicto lingüístico y la planeación lingüística no les resultan totalmente creíbles a los anglo-parlantes. Tal y como ellos lo ven, el inglés se desarrolló hasta alcanzar su singular posición de hoy como idioma mundial sin tener necesidad de una academia para planear el futuro o para congelar el pasado; el sistema de libre empresa en el que las palabras y las formas gramaticales luchan por ser aceptadas en la plaza del mercado, parece justificado por los acontecimientos. La legislación en materia de lengua sería desatendida o, lo que es peor, pudiera ser que fuera atendida, y que sus recomendaciones llevaran hacia atrás la dirección "natural" del progreso. Este último, en última instancia, se afirmarían; pero la autoridad lingüística le hubiera producido un retraso. La tendencia de los escritores y hablantes a hacerse entender es un mecanismo suficientemente selectivo de las formas lingüísticas. En un entorno que (en lo superficial) parecía no ser político, el inglés normal o corriente de hoy ganó su derecho de vía en contra de otros idiomas comu-